



Las **HISTORIAS**
MATRITENSES de
Diego Salvador



ÍNDICE

- **¿Qué es *Rutas con Historia*? 2**
- **Artículos y obras publicadas 3**
- **Hidroterapia y termalismo ancestrales 4**
- **Una aproximación al mundo carpetano 7**
- **Mayrit, de enclave fronterizo andalusí a capital del imperio cristiano donde no se ponía el sol..... 15**
- **El difícil arte de sanar en el Madrid musulmán 23**
- **El primer Madrid cristiano 33**
- **Breve biografía de Diego Salvador 39**



+ ¿Qué es *Rutas con Historia*?

Rutas con Historia es un ambicioso proyecto empresarial, digital, turístico y cultural relacionado con la Historia de España, que se plasma de forma divertida y lúdica a través de diferentes canales:

- ❖ **Un portal web** que trata de agrupar a una comunidad de personas interesadas en documentar las localizaciones históricas de España generando una web 2.0.
- ❖ **Audio Guías Interactivas** para Smartphones y Tablets, un producto destinado a solucionar problemas de comunicación con los turistas/usuarios de Museos y Ayuntamientos que quieran aportar un beneficio añadido a sus instituciones/localidades.
- ❖ **Actividades culturales;** visitas guiadas, juegos de pistas y despistes, visitas teatralizadas y recreaciones históricas.

Más información en:

<http://www.rutasconhistoria.es/>

<http://actividades.rutasconhistoria.es/>





+ Artículos y obras publicadas

Este PDF reúne los mejores artículos publicados por el historiador Diego Salvador, colaborador habitual de **Rutas con Historia**, en las revistas **Pliegos de Rebotica**, una publicación del Consejo General de Colegios de Farmacéuticos de España y **Madrid Histórico**, publicado por la editorial La Librería, especializada en temas madrileños.

Estos artículos son el fruto de un exhaustivo trabajo de investigación sobre el terreno que se plasma fundamentalmente en dos obras: "Tierra de carpetanos", tratado sobre la Edad del Hierro en las regiones castellano-manchega y madrileña, publicado en 2012 y que va a ser reeditado en breve, e "Hijos de Mayrit", un trabajo inédito sobre el Madrid musulmán en la Edad Media.

El artículo "Hidroterapia y termalismo ancestrales" fue presentado por el autor a los premios AEFLA (Asociación Española de Farmacéuticos de las Letras y las Artes) de 2013, y es el único que no está relacionado con temas de Madrid. Pero es la excepción que confirma la regla, además de ser un "mix" que refleja su infrecuente condición de farmacéutico e historiador, una doble formación académica que también planea sobre "El difícil arte de sanar en el Madrid musulmán"...

Si desea leer más obras de contenido histórico de Diego Salvador, ya está a la venta en papel "**Tierra de carpetanos**", Ediciones La Librería ISBN: **978-84-9873-303-7**, una aproximación a la Edad de Hierro madrileña y castellano-manchega. Además, en Amazon, en formato ebook está disponible "**Hijos de Mayrit: la huella islámica en Madrid y su Comunidad**", un estudio exhaustivo sobre la historia del Madrid musulmán, economía, sanidad, sociedad, leyendas, gastronomía, impronta y los vestigios que todavía podemos ver en Madrid y su Comunidad Autónoma:

<http://www.amazon.es/Hijos-Mayrit-huella-isl%C3%A1mica-Comunidad-ebook/dp/B01BDVAPKE>

También en Amazon, en formato ebook está disponible "**El Códice de Didaco**", un libro de viajes que trata de la experiencia de autor en el Camino de Santiago hace ya unos cuantos años: <http://www.amazon.es/El-C%C3%B3dice-Didaco-Diego-salvador-ebook/dp/B01B51ZG5Q>



+ Hidroterapia y termalismo ancestrales

(Publicado en Pliegos de Rebotica, nº 112 (enero/marzo 2013), pp. 23-24)

El culto a las aguas en la Península ibérica es un fenómeno bien documentado desde tiempo inmemorial. En ocasiones nuestros devotos ancestros arrojaban al agua diversos tipos de exvotos y abrigaban la secreta esperanza de satisfacer a las divinidades acuáticas, quienes, al aceptar las ofrendas se sentían obligados a satisfacer los deseos de los oferentes. O al menos, así lo creían nuestros más remotos antepasados.

El agua fue en la religión de los pueblos hispanos prerromanos, un poderoso y piadoso factor de culto. Pero también un potente agente terapéutico y mágico, hogar de divinidades adoradas y queridas habitualmente como temidas y ocasionalmente vilipendiadas. Los efectos medicinales, curativos y paliativos del agua cautivaban a las gentes de la época (y de todas las épocas, por qué no) en los cuatro puntos cardinales de la Península y les empujaron no sólo a indagar y descubrir la curación de sus dolencias mediante ofrendas acuáticas, sino a agradecer dichos efectos hidroterapéuticos y beneficiosos a los responsables y causantes, que, sin atisbo de duda, eran aquellos dioses que moraban en ríos, arroyos, manantiales y lagos.

La tradición acuática de los pueblos hispánicos ha permanecido intacta a lo largo de siglos y siglos, e incluso hoy en día somos muy aficionados "a tomar las aguas". Los manantiales suelen tener un aura de misterio, jamás dejó de poseerlo, que quizás conecta con el modo en que el agua brota de las rocas de manera maravillosa y sugerente. Desde la Baja Edad Media, probablemente recogiendo tradiciones antiquísimas, se constata un topónimo muy extendido por la geografía española, el "pozo airón", especialmente en la Meseta, cuyo significado es "pozo o sima muy profunda". Airón fue divinidad céltica del inframundo, allá donde iban a parar las almas de los fallecidos en las creencias precristianas. Pero también del inframundo emerge la vida. ¿De qué forma? Como beneficiosa agua y saludable vegetación. Quizás la desbocada devoción hispánica por fuentes, simas y pozos profundos naturales proceda del culto a deidades como el viejo Airón. El agua es vida, el agua es cura. Hidroterapia para ser exactos, puesto que este concepto engloba uso del agua y objetivos sanadores y paliativos, cuyos efectos son consecuencia de la temperatura y de la presión con se aplica el agua sobre los cuerpos.



Etimológicamente, hidroterapia es resultado de la fusión de dos palabras griegas: *Hydro* (**ὕδρο-**,agua) y *Therapia* (**θεραπεία**, curación). Es la ciencia o el arte de sanar o aliviar enfermedades y lesiones óseas y musculares mediante aplicaciones de agua, saturadas a una concentración variable de sales minerales beneficiosas para la salud, un agua concentrada que mana de las profundidades de la tierra. Los tratamientos hidroterapéuticos se aplican de diversas maneras: baños, duchas, chorros, lavados, abluciones,...Todas igual de placenteras.



Sauna ritual en el yacimiento vettón de Ulaca (Ávila) (Foto del autor)

¿Cómo funciona la hidroterapia? El estímulo térmico y dinámico que provoca la aplicación del agua a diferente temperatura y presión sobre la piel provoca una respuesta local en la circulación sanguínea superficial. Los receptores cutáneos transmiten vía refleja, y a través del sistema nervioso, una respuesta que se propaga rápidamente al resto del cuerpo, alcanzando musculatura y vísceras, afectando de forma positiva al funcionamiento general de todo el cuerpo. No es ningún misterio que después de tomar una simple ducha en nuestro hogar, mejoramos considerablemente nuestro humor y un agradable bienestar se apodera de todo nuestro ser, regenerando la condición física y mental. “Tomar las aguas” es



una auténtica bendición para cuerpo y espíritu. *Mens sana in corpore sano* decían los romanos, que de esto sabían un rato largo.

Pero demos aún un paso más. La mayor parte de las aguas terapéuticas son las denominadas aguas termales, esas míticas y misteriosas aguas que afloran del suelo a temperaturas superiores a 5°C por encima de la graduación superficial, que, cargadas de sales minerales y de elevada e intrínseca temperatura, favorecen el alivio de numerosas afecciones psicósomáticas al aplicarse de forma terapéutica.

Hoy nos parece satisfactorio reencontrarnos con la naturaleza agreste que emana de las profundidades de la corteza terrestre en forma de vapor de agua y de agua líquida, y con mayor razón si este agua tiene efectos reparadores sobre nuestro cuerpo y mente. Nuestros más lejanos antepasados no necesitaban de este reencuentro, puesto que ellos estaban en constante y marcado contacto con la naturaleza. Es más, aquellos hombres *eran naturaleza en sí mismos*. Nosotros, los seres humanos del siglo XXI tenemos un elevadísimo componente artificial, recogido a lo largo de tantos y tantos años de tecnología. Pero no cabe duda, que a unos y a otros las aguas calientes y agradablemente vaporosas, ésas que brotan humeantes de la montaña, de ignotas cavernas o del suelo, nos parecen fascinantes. Esa característica seductora y atractiva de las aguas termales, acentúa la percepción sensorial y sensual del tomador de aguas, ya sea en su vertiente interior (el que las ingiere) como exterior (el que se sumerge en ellas), y sugiere la inmersión en un universo de fuerzas telúricas próximas, reconciliando al *Homo sapiens* con la dimensión más primitiva y recóndita de su ser. Todo surge de la madre Tierra, y a ella se vuelve una vez recorrida la senda que no se ha de volver a pisar. Si bien las aguas termales nos parecen que hoy día no poseen nada de religioso, tengamos por seguro que nuestros antepasados las adoraron como refugio de divinidades, que proporcionaban bienestar a sus devotos. Y a ellas debieron dirigir sus rituales, como en general al resto de aguas. Beber agua y tomar los baños fueron un acto de comunión con la naturaleza. Cuando los romanos se asentaron en la Península, esta acción, en esencia tan pura y simple, a la par que profunda, devino en un acto social, aquél que tenía lugar en los establecimientos termales, donde los miembros de la sociedad hispanorromana se reunieron para charlar de su cotidianidad, forjaron negocios, a la vez que sanaron o paliaron algunas de las dolencias que pudieran padecer. Una actividad de lo más completa, desde luego.



+ Una aproximación al mundo carpetano

(Publicado en Madrid Histórico, nº 53 (septiembre/octubre 2014), pp. 75-79)

Vamos a hacernos la pregunta que me hice yo cuando elegí este tenebroso tema para proceder a su estudio. Es muy sencilla. ¿Qué conocemos de los carpetanos?

Y tras pensar y pensar y pensar...sólo nos salen tres términos relacionados: la Vía Carpetana, los Montes Carpetanos y carpetovetónico. ¿Y bien? La Vía Carpetana es una avenida de Madrid, los Montes Carpetanos son la cadena montañosa que va desde el Pico Peñalara hasta el puerto de Somosierra, el límite norte de la Comunidad de Madrid. Y de carpetovetónico, la RAE proporciona dos acepciones, una perteneciente o relativo a los carpetanos y vettones y otra que se refiere a las personas, ideas, etc, que se tienen por españolas a ultranza.

Y poco más. Pero es que los carpetanos son los primeros manchegos de los que tenemos noticia en la Historia, incluyendo dentro del término manchego a los habitantes de Madrid, algo bastante discutible. Ya conocemos algo de los carpetanos. Son los primeros manchegos de los que tenemos noticia como pueblo o etnia, tras aparecer en las fuentes clásicas, las crónicas que escribieron los autores grecorromanos y que tenían como tema casi único la conquista y la Geografía de la Península Ibérica. Los carpetanos aparecían entre los pueblos de la meseta que sufrieron el violento paso de Aníbal por estas tierras áridas y duras, y que después de ser vapuleados con estrépito por los púnicos, se convierten en teóricamente pacíficos habitantes de la Carpetania, tierra preferida por las legiones romanas para descansar de sus durísimas campañas contra celtíberos y lusitanos.

Los carpetanos aparecen en la Historia en la Segunda Guerra Púnica. Después de la derrota de los cartagineses ante los romanos en la Primera Guerra Púnica (264-241 a.C.), se firmó un tratado de paz por el que los vencidos se comprometieron, entre otras muchas cosas, a pagar a Roma una astronómica indemnización de guerra. Y como los cartagineses estaban en bancarrota pues además de a los romanos, debían la paga a sus numerosos mercenarios, debieron buscar oro y plata con que pagar tan cuantiosa deuda, un poco lejos de Cartago, ciudad que estaba muy cerca de la actual ciudad de Túnez. Los púnicos miraron hacia la Península Ibérica, donde ya los propios cartagineses, fenicios y griegos hacían buenos negocios con los indígenas, cuyas tierras estaban repletas de recursos minerales, entre ellos, oro y plata. Allí llegaron los Barca, familia de potentados púnicos, en busca de pingües beneficios que ofrecer al depauperado Estado cartaginés y a ellos mismos. Aníbal,



como otros miembros destacados de la familia, peleó contra un buen número de pueblos, tribus, etnias de la meseta, entre las cuales estaban los carpetanos.

A algunos de los pueblos de la Meseta los púnicos les dieron el nombre de *kart-p-(t)anos*, que no quería decir ni más ni menos que "aquellos que habitan los escarpes", es decir, lugares poco elevados situados en las inmediaciones del río Tajo y sus afluentes. Los autores griegos, al servicio de los romanos, transcribieron la vieja grafía fenicio-púnica y les llamaron *karpetanoi*. Julio Caro Baroja ubicaba sobre riscos y escarpes numerosas ciudades carpetanas. Y el arqueólogo Dionisio Urbina, ha ido más allá: los carpetanos son los "habitantes de las ciudades de los escarpes" y la Carpetania, el "país de aquellos que habitan en las ciudades de los escarpes", que yo añadiría del Tajo.

Los carpetanos aparecieron primero en las crónicas cartaginesas, lamentablemente desaparecidas, y después en los textos griegos y romanos, a partir del último tercio del siglo III a.C. Para entonces, nuestros protagonistas ya habían entrado en la Edad del Hierro II. A través de estas fuentes, sabemos que los *karpetanoi* fueron adversarios dignos de tener en cuenta por los poderosos púnicos, un pueblo o conjunto de pueblos que aparecen aliados con los fugitivos de Helmantiké y los olcades vencidos por Aníbal en su campaña de 220 a.C. Después de dirimir sus cuitas con los cartagineses, los carpetanos siguen apareciendo como etnónimo durante la primera fase de la conquista romana de la Meseta. Polibio, Livio, Apiano, entre otros, cuentan las andanzas de nuestros protagonistas, unos directamente, y los más, de segunda mano. Polibio es el autor más cercano en el tiempo y el espacio a los hechos de la conquista de la Meseta en la que aparecen involucrados los carpetanos, por lo que su crónica aparece más veraz que otras.

Otra fuente inestimable de información son las listas de ciudades carpetanas, en concreto las de Plinio y Ptolomeo. Plinio se basa en su conocimiento de la realidad administrativa de Hispania, al ocupar cargos relevantes en las provincias peninsulares. Ptolomeo clasificó las ciudades del territorio imperial según su adscripción a antiguas unidades indígenas, una de las cuales era un territorio "fósil" denominado Carpetania, la región de los carpetanos, términos que tenían para el autor alejandrino un sentido meramente geográfico. Seguramente las ciudades carpetanas de Ptolomeo no eran tales, sino tan solo una lista de mansiones o lugares de descanso situadas a intervalos regulares en las calzadas que vertebraban el centro peninsular, documentadas en textos como los Itinerarios de Antonino o el Ravenate, especie de mapas de carreteras de la época.



Las excavaciones arqueológicas son otra fuente de conocimiento que pueden confirmar o desmentir las fuentes, en función de los resultados de técnicas como el C14 o la termoluminiscencia, que en solitario o en sinergia, son bastante fiables para conocer el tiempo en que florecieron los asentamientos descubiertos.



Relieve orientalizante del Cerrón de Illescas (Toledo) (Foto del autor)

Numerosos expertos en la materia han estudiado las listas de ciudades de Plinio y Ptolomeo, y han intentado identificarlas con poblaciones actuales. Algunos han inventado lo que se conoce como fósil-director, cuya mera existencia en un yacimiento asocia automáticamente a una etnia dicho asentamiento. La cerámica que Cuadrado llamó en 1973, "jaspeada", es el fósil-director que algunos autores han asignado al pueblo carpetano. Es un tipo de alfar decorado a brochazos que imitan la madera. Otros arqueólogos opinan que esta forma de actuar no es muy acertada, puesto que pueden aparecer ejemplares de esta tipología en otros lugares que no sean los teóricamente asignados a los carpetanos.

El caso es que a la luz de los hallazgos arqueológicos y de las interpretaciones más o menos afortunadas de los textos grecorromanos, son considerados carpetanos por algunos investigadores la práctica totalidad de los territorios de la actual Comunidad de Madrid, la mitad oriental de la provincia toledana, puntos del norte de Ciudad Real, parte de la campiña de Guadalajara, y zonas conquenses colindantes con Segóbriga, ciudad que algunos consideran carpetana, otros celtíbera y algunos más, de población mixta carpetano-celtíbera.

Cuando los cartagineses son derrotados en Hispania por los romanos, curiosamente también dejan de aparecer en las fuentes escritas las alusiones directas al pueblo carpetano. En ese momento los cronistas grecorromanos se limitan a hablar tan solo de Carpetania como territorio geográfico o a referirse a los habitantes de las



ciudades carpetanas por su etnónimo particular: por ejemplo, toletani, complutenses, consaburenses...Los carpetanos parecen esfumarse de las crónicas. Aún tuvieron alguna aparición como pueblo, cuando participan en los hechos de 195 a.C.: carpetanos, vettones, vacceos y celtíberos se enfrentan a las legiones de Nobilior en las cercanías del *oppidum* carpetano de Toletum.

En 186 a.C., los romanos son puestos en fuga por una extraña coalición de celtíberos y lusitanos en las ciudades carpetanas de Dipo y Toletum. A los carpetanos ni se les menciona, quizás por no participar en los hechos o por incluirse dentro de las huestes celtibéricas. Más referencias. En 151 a.C., el taimado general romano Lúculo, cruza el río Tajo desde la Carpetania, y arrasa Cauca, tras traicionar la confianza de sus moradores, por haber "molestado a los carpetanos". Parece que en esta época los carpetanos o eran muy pacíficos, o la guerra púnica había acabado con su fuerza y fierezas originarias. El caudillo lusitano Viriato saqueó la Carpetania, ocultándose en el Mons Veneris, lugar de paso entre las tierras de los vettones y el valle medio del Tajo, e identificado como la Sierra de San Vicente, al oeste de la provincia de Toledo. No solamente los lusitanos asolan de vez en cuando la Carpetania, pues en ella también las legiones romanas invernan y descansaban de sus campañas contra los levantiscos lusitanos y celtíberos. Por otro lado, la Carpetania es donde los celtíberos se expanden de forma natural durante el siglo II a.C., lo que les lleva a chocar contra los romanos. El desastre numantino cortó las alas casi definitivamente a los celtíberos, aunque todavía algazuaron en ocasiones al sur de su solar originario.

Nuevamente durante las guerras sertorianas (83-72 a.C.) se mencionan a la Carpetania y a diversos enclaves carpetanos en las fuentes (Caracca, Complutum, por ejemplo), pero los carpetanos como etnia continúan misteriosamente desaparecidos. Es posible que, al estar en paz con los romanos, dejaron de ser considerados interesantes para sus apologetas.

Al hilo de las referencias a la Carpetania, hay algo que debe quedar claro. No hubo un reino llamado Carpetania. Nunca existió una entidad política y organizada conocida como Carpetania. Ni hubo un rey de los carpetanos. Esa complejidad administrativa no existió en la Meseta. Nunca existió un Estado carpetano. Las estructuras políticas de mayor jerarquía fueron las ciudades, o lo que los romanos llamaban *civitas*, cada una de la cuales estaba encabezada por un caudillo. Los romanos los denominaron reyes, un término que les resultaba familiar. Los autores contemporáneos los llaman "reyezuelos" o "régulos", porque tenían tan escasa



población y territorio a su cargo, que no merecían el apelativo de reyes. En las crónicas aparece con nombre propio algún jefe o "régulo", cuya jurisdicción se limitaba a una ciudad-estado, como Hilerno o Thurro. Cada asentamiento dentro de lo que las fuentes califican de Carpetania era en sí misma, una Carpetania en pequeño, independiente de los demás enclaves, y autosuficiente, puesto que las granjas de su alfoz eran las encargadas de alimentar a los habitantes del emplazamiento propiamente dicho. Quizás hubo un tiempo, en que ante la amenaza de males mayores, los carpetanos de las microcarpetanias aparcaron sus diferencias, como sucede entre todos los vecinos que se precien, para hacer frente al enemigo común, ya fuese romano o cartaginés. Algo tenían que tener en común los habitantes de las múltiples Carpetanias, para que los autores foráneos metiesen a todos en un mismo saco, quizás la lengua. Todos los pueblos de la meseta sur debían hablar dialectos parecidos, y un aspecto físico similar.



Vivienda carpetana reutilizada como necrópolis visigoda en el yacimiento madrileño de la Dehesa de la Oliva (Foto del autor)

Y ya que hablamos de lengua, quizás sea el momento de aproximarnos, aunque sea de forma tenue, a la onomástica carpetana. Los carpetanos y el entorno cotidiano que les rodeaba, debían tener unas palabras tan extrañas a los oídos de un itálico,



que éstos muchas veces se negaban a transcribirlas, y en otras ocasiones escribían lo que buenamente les sonaba. Aunque la lengua carpetana y la latina proceden del frondoso árbol indoeuropeo, muy ramificado, eso sí. El dialecto o idioma carpetano es posible que fuese una variante del celtíbero, y el celtíbero debió proceder de la antigua lengua celta que quedó fosilizado en la Meseta de la Península Ibérica, mientras que otras lenguas similares allende los Pirineos progresaban de otra manera.

Los carpetanos, según los estudios epigráficos realizados en estelas romanas, estaban inmersos en el mundo de las gentilidades, un mundo céltico, y por tanto, indoeuropeo. El carpetano y el latín debían ser primos lejanos, tanto que no se comprendían entre ellos. De hecho, es posible que incluso un carpetano de Complutum y otro de Toletum tuviesen dificultades para comprenderse.

Si los itálicos venían con sus *trianominas*, sus tres nombres (el de pila, el de la familia, clan o *gens*, y el apodo en función de una característica física), los carpetanos tenían tres también, por ejemplo: "Retógenes, hijo de Liticus, de los Consaburenses". Estaban constituidos, por tanto, por un nombre de pila, el "hijo de" y una especie de apodo o de nombre de la *gens* o clan. En esencia, no era una onomástica tan diferente de la latina. Lo que no sabemos exactamente es si el "apellido" (que no la filiación) de los carpetanos correspondía a ciencia cierta a un apodo o a la *gens*, clan, familia, de la que procedía el individuo. A través del estudio de las epigrafías romanas, conocemos el nombre de varios clanes de la Meseta, que sinceramente, muy latinos no parecen: Aelariqum, Arquiocum, Aucaliquum, Boccouriquum, Dagenicum, Elguismiqlum, Eturicus, Malugeniqlum, Manuciquum, Metturicum, Uloqlum, Vacemqlum...

En tiempo de los romanos, la onomástica carpetana primitiva se había latinizado, llegando algunos individuos a poseer los tres nombres. Otros mantuvieron la gentilidad, menos receptivos al impacto cultural itálico. Por ejemplo, en Manzanares el Real (Madrid), una estela funeraria todavía citaba a un individuo con su onomástica céltica: "Monis, hijo de Allonis, del clan de los Bocouricanos, de 30 años". En cambio, en otra inscripción de Talamanca del Jarama, podemos transcribir: "Caius Aburius Lupus cumplió gustosamente su voto". En resumen, dos formas diferentes de nombrar a una persona.

Dejando de lado la onomástica carpetana, parece oportuno pasar a ocuparnos de sus creencias, aunque en su caso, no queda más remedio que introducirse en el



movedizo terreno de la conjetura, porque al contrario que de los pueblos vecinos, no ha quedado rastro, al menos de momento, de los dioses carpetanos en la epigrafía romana. No aparecen ni Ataecina, ni Airón, ni Endovellicus, ni Lug, ni demás dioses de los panteones célticos y lusitanos. Esto no significa que los carpetanos no adorasen a dioses propios, lo que ocurre es que no han aparecido vestigios del culto, o es que entre sus costumbres no estaba la de citar por su nombre al dios de marras. Probablemente tuvieron sus representaciones materiales de las divinidades, pero puede ser que el material sobre el que lo realizaban fuese perecedero, como la madera, o que la intransigencia de los acólitos de posteriores religiones asentadas en el solar carpetano acabara con sus vestigios.

Como buenos célticos (con sus matices ibéricos), debieron adorar a un dios sin nombre, un dios superior, máximo y óptimo, como el Júpiter romano, caracterizado por un notable talante guerrero. Pero también debieron de ser devotos de la Diosa de la Naturaleza y de la Fecundidad, la Diosa Madre celta, indoeuropea. Nuestros celtas proceden de una estirpe muy antigua, donde no había todavía sitio para las creencias drúidicas. No obstante los carpetanos eran devotos de la Naturaleza, y realizaban sus prácticas de culto en santuarios al aire libre, algo que a los romanos les irritaba y sorprendía, habituados como estaban a templos cerrados.

Los carpetanos debieron adorar al caballo, y a las divinidades acuáticas, como la inmensa mayoría de los celtas peninsulares. No olvidemos la fama de los jinetes meseteños, que engrosaron los ejércitos de romanos y cartagineses. Y que en Complutum eran especialmente afectuosos con las ninfas de las aguas.

Durante época romana, el culto a Marte, dios de la guerra romano, estaba muy extendido, asociado con el toro, animal de carácter sagrado en todo el entorno del mar Mediterráneo. El toro tenía además un matiz de orden astral, de carácter funerario y también simboliza la fecundidad. La religiosidad indígena también estaba dispuesta a los sacrificios cruentos y combates gladiatorios en los funerales de grandes personajes, como el lusitano Viriato.

Sí que se conocen aras votivas en la Carpetania con inscripciones romanas, pero dedicadas a dioses romanos, aunque seguramente muchas divinidades del panteón romano se asimilaron con los indígenas, como Marte. En cambio, las alusiones a religiones místicas orientales, y por supuesto a los viejos dioses carpetanos, brillan por su ausencia. También está documentado en los municipios carpetanos de



época imperial el culto al emperador, cuya gestión llevaban un colegio sacerdotal dominado por libertos, los *sevires augustales*.



Medusa de Titulcia, un plato ceremonial carpetano de oro y plata (Foto del autor)

En realidad, ¿qué conocemos de los carpetanos? En la Carpetania no tenemos restos arqueológicos comparables a los de los vettones y celtíberos. Solamente conocen algo de los carpetanos los investigadores de la Universidad y los arqueólogos profesionales. La verdad es que hay poco que ver. La Dehesa de la Oliva podría ser el yacimiento que mayor atracción podría suponer en algún sector de la población, pero está encima de un cerro, de relativo difícil acceso, para llegar al cual hay que conocer la zona y caminar un rato, pues está escasamente señalizado. Todo ello, a 60 km de Madrid, junto al Pontón de la Oliva.

Durante la mayor parte del año 2012, el Museo Arqueológico Regional de Madrid (Alcalá de Henares) abrió las puertas al público a una exposición monográfica sobre los carpetanos, tomando como base los hallazgos en las excavaciones efectuadas en diferentes campañas en el Llano de la Horca (Santorcaz, Madrid). Además pudimos contemplar los grandes hitos del mundo carpetano. No son para tanto, no vayan a pensar: se trata de la Medusa de Titulcia, un plato ceremonial de oro y plata y el relieve orientalizante de El Cerrón de Illescas. Quizás es que no hay más cera que la que arde.



✚ Mayrit, de enclave fronterizo andalusí a capital del imperio cristiano donde no se ponía el sol

(Publicado en Madrid Histórico, nº 52 (julio/agosto 2014), pp. 75-79)

En 1561, Felipe II había ordenado el traslado definitivo de la Corte a una pequeña ciudad de la submeseta meridional de la Península Ibérica, Madrid. Los motivos de tan trascendental decisión son múltiples y variados, aunque ninguno de ellos, por sí mismos, parece concluyente. Proximidad al amado palacio-monasterio de El Escorial, que por entonces era algo más que un mero proyecto real, una posición geográfica adecuadamente centrada dentro de la Piel de Toro; equidistante en mayor o menor medida de la costa de los cuatro puntos cardinales; un clima en cierto modo favorable, a despecho de los refranes populares (seis meses de infierno y seis de invierno y otros por el estilo); un color azul intenso del cielo, cuando las nubes lo permiten; un lugar donde las aguas abundaban y eran de excelente calidad y de composición química adecuada para el consumo humano y animal...

Pero esta nueva capital tenía un oscuro pasado. Para ser sede de la monarquía más augusta, solemne y poderosa de la Cristiandad, parecía demasiado modesta. Tanto era así, que si bien, el Rey Prudente decidió convertirla en el centro de un imperio donde no se ponía el sol, como se decía en la propaganda de aquel entonces (tan enorme era su extensión global), hubo que inventarle un pasado glorioso, como correspondía a su recién adquirida majestad.

Durante décadas, apologetas y aduladores cortesanos, de los que pululaban alrededor de los adustos monarcas Habsburgo, se dedicaron, por deseo regio, a investigar (e imaginar o idear) un supuesto origen mítico y/o mitológico de la nueva capital del reino y de la monarquía hispánica. Tales próceres y nobles vates llegaron a remontarse hasta los legendarios fugitivos de Troya, encarnados en el noble e insigne príncipe Ocno Bianor y sus compañeros. Nobleza obligaba.

Algún avisado consejero de Felipe había dado la voz de alarma sobre el tipo de construcciones que menudeaban todavía a mediados del siglo XVI en la zona donde se alza hoy día la Catedral de la Almudena. Inmuebles cuyo origen no parecía estar demasiado en la órbita de las nuevas modas, sino más bien semejaban viejas estructuras de hacía unos cuantos siglos, de una época que la gente llamaba habitualmente "de moros" o "de árabes".



Si aquella aseveración era cierta, y todo parecía apuntar que así era, había que tomar ciertas medidas disuasorias. La capital del imperio hispánico no podía tener un origen islámico, y mucho menos modesto. Y sin embargo era así, por mucho que los cronistas y poetas de la Corte se empeñasen en ocultarlo o enmascararlo.



Retrato de Felipe II en la calle del Príncipe (Madrid) (Foto del autor)

Visto lo visto, Felipe II decidió cambiar el aspecto de la zona, además de adquirir para la depauperada hacienda real tierras y palacetes próximos (como la *almuzara* o Campo del Moro, adyacente al austero Alcázar de los Austrias, o el coqueto palacio de los Vargas, al otro lado del río Manzanares). Además, y con diligencia hizo derribar esos últimos vestigios de épocas pretéritas que habían resistido con gallardía los avatares de la Historia. Ordenó, por tanto, allanar la zona en la que posteriormente el denominado rey intruso (entre otros mote no demasiado agradables) José Bonaparte, inició el embrión de la futura plaza de Oriente, Felipe decretó la construcción de las primeras Caballerizas Reales (las segundas vinieron de la mano del gran Sabatini) en el solar ocupado en la actualidad por la Catedral de la Almudena, de sonoras resonancias árabes, a pesar de su advocación definitivamente cristiana.



Aunque a la ciudad de Madrid se le han atribuido, no ya imposibles o poco probables orígenes troyanos como los ya comentados, sí que algún cronista ha concebido un germen mucho más posible: romano o visigodo. Lo que fuese antes que atribuir a la nueva capital un inicio a cargo del odiado enemigo y rival de credo. Y sin embargo, la arqueología ha constatado que los más antiguos vestigios descubiertos en la ciudad de Madrid, en las colinas que iniciaron su andadura (Palacio o Almudena y Las Vistillas), son de época ineludiblemente islámica. Pese a quien pese, pues “en tiempos de moros” o “en la época de los árabes” rezan multitud de leyendas, cuentos y anécdotas, que ni el pico ni la pala ni los cuentos de Calleja que emanaban de la vetusta Corte de los Austrias fueron capaces de destruir. Ni siquiera de camuflar.

Algunos autores arabistas investigaron la propia etimología del nombre de Madrid, y *piano piano*, estudiando las fuentes árabes, se dieron de bruces con el topónimo de una pequeña ciudad andalusí, como la denominó en su día Christine Mazzoli-Guintard, eminente historiadora francesa y entusiasta estudiosa del período musulmán de nuestra ciudad. Esa ciudad que aparecía en aquellos ignotos textos se llamaba Mayrit. Jaime Oliver Asín, a mediados del siglo XX, dedujo que el topónimo árabe que definía Madrid estaba íntimamente relacionado con la abundancia de cauces de agua, los castizos viajes de agua o *qanats*, una atrevida hipótesis que ha llegado hasta nuestros días, convenientemente matizada por filólogos e historiadores madrileñistas durante décadas posteriores. Aunque para todos estos investigadores estaba más claro que el agua, nunca mejor dicho, que los primeros pobladores que se asentaron permanentemente donde lo hicieron, en este Madrid de nuestros pecados, eran musulmanes. Estos primeros pobladores se habituaron a recoger el líquido elemento de los numerosos arroyos, riachuelos y corrientes de agua subterránea: el arroyo de San Pedro, que correteaba por la actual y serpenteante calle de Segovia, o los barrancos del Arenal o Leganitos, por poner algún ejemplo. Aguas de la vida que proporcionaban al asentamiento todo lo necesario para las actividades básicas humanas. El vigoroso viento de la sierra, helado en invierno, cálido en verano, y el cielo azul de los refranes madrileños hicieron el resto.

Es más que probable que el primer núcleo de población madrileño surgiese en la explanada de la Almudena, al calor de la fortaleza que vigilaba el violento ingreso de los enemigos de religión desde el norte, un castillo que la tradición ha querido situar desde tiempos inmemoriales en el solar del Palacio Real, edificio que a su vez ocupa el lugar del viejo Alcázar remozado por Carlos I, el primer Austria, nieto de



los Reyes Católicos, y rey de España, entre otras cosas, gracias a los complejos avatares de la Historia (y de la política matrimonial de los Reyes Católicos). El Alcázar habsbúrgico sustituyó el de los reyes castellanos, que a su vez, y tomando como base la etimología derivada del árabe y que denota un concepto de palacio-fortaleza, fue una edificación que tuvo su origen más primordial en el primitivo *hisn* islámico. Bien es cierto que restos de la supuesta fortaleza o *hisn* musulmán no han sido hallados bajo los cimientos del actual edificio regio, pero la mayoría de los autores de las últimas décadas que han dedicado su esfuerzo y energías al Madrid más antiguo, coinciden en ubicar en el solar del Palacio Real el origen último de Madrid. Allí y en el núcleo poblacional de la Almudena, unidos ambos por una muralla y separados en fin, por el espacio que en época cristiana se denominó Campo del Rey, por estar adjudicado al monarca castellano después de la conquista cristiana del reino toledano. Un amplio espacio que ahora se conoce como plaza de la Armería.



La sierra de la Cabrera desde la atalaya islámica de Arrebatacapas (Torrelaguna)
(Foto del autor)



Las fuentes árabes atribuyen a un emir de la dinastía omeya cordobesa la fundación efectiva de la pequeña ciudad andalusí, que tiene lugar a mediados del siglo IX. El susodicho monarca tiene un parque dedicado a su memoria, a los pies de lo que se conoce como "muralla árabe", excavada al final de la calle Mayor y al comienzo de la Cuesta de la Vega: Mohamed o Muhammad I (que gobernó en Córdoba entre los años 852 y 886), hijo de Abd al-Rahman II, el anterior emir andalusí. Y digo efectiva porque cuando Mayrit aparece como *madina* en las crónicas antes citadas es por estar dotada de mezquita *aljama* o mayor y de una potente muralla de granito que rodeaba el perímetro de un área conocida como *almudayna* o recinto amurallado. Una muralla que enlazaba la *almudayna* con el *hisn* o fortaleza emiral.

Ahora bien, según la opinión de numerosos autores, es muy probable que antes de que Muhammad I, a través de su hijo y sucesor Al Mundir, otorgase un carácter oficial al asentamiento, ya existía Mayrit como población, posiblemente fundada por los beréberes y los muladíes de la zona. El emir se limitó a amurallar el primitivo núcleo poblacional y a poner al frente del castillo a un gobernador o *amil* nombrado a dedo por el monarca cordobés. El *amil* fue lo más probable de etnia árabe, y sustituyó, por razones que no alcanzamos todavía a comprender, a los caudillos locales de etnia bereber, responsables de la edificación de la posición estratégica años antes.

Parece que Muhammad I, no sólo fundó, con los matices anotados antes, la posición mayrití como eslabón estratégico dentro del entramado defensivo de la Marca Media, vigilante contra las algaradas cristianas procedentes del norte de la sierra madrileña, sino también para custodiar y prevenir las frecuentes sublevaciones de las *gentes de Toledo*, la vieja *urbs regia*. Una ciudad de longeva historia que hunde sus raíces en las tinieblas de la Edad del Hierro carpetano, gran ciudad mesetaria en el período romano y capital del Estado unificado y católico visigodo. Una ciudad cuya población, añorante de un pasado glorioso, no podía asimilar la pérdida de tan privilegiado *status*.

Así, Mayrit se convirtió en uno de los polos principales del *al Tagr al-Aswuat* (Marca Media), junto con Talamanca, en la zona madrileña. Este complejo entramado defensivo ya existía antes del reinado de Muhammad I, pero éste se encargó de potenciarlo y mejorar las fortificaciones y las infraestructuras. Mayrit a occidente y Talamanca a oriente, protegiendo el valle del Jarama, eran los principales puntos neurálgicos de la Marca Media en los territorios de la actual Comunidad de Madrid.



Madrid fue entonces en origen un enclave fronterizo que cumplió su misión de centinela con creces, pues era objetivo de campañas que, un año sí y otro también, lanzaban condes castellanos y reyes leoneses, y posteriormente los monarcas castellanoleonese, en un intento, muchas veces infructuoso, de enlazar las tierras dominadas por los cristianos con Toledo. La numerosa comunidad mozárabe de la ciudad del Tajo estaría orgullosa y deseosa, a buen seguro, de recibir con los brazos abiertos a sus rudos correligionarios del norte. Al menos, a priori.



Plaza del Emir Mohamed I y muralla árabe de Madrid (Foto del autor)

La población de Mayrit estaba compuesta, tras su fundación efectiva, durante la década de los años 60 del siglo IX como muy tarde, por un pequeño grupo aristócrata árabe, representado en la persona que hizo las funciones de gobernador de la fortaleza mayrití, quien solía proceder de alguna de las familias más nobles de Córdoba, nombrado directamente por el emir. Un colectivo bereber algo más numeroso que el exclusivo clan árabe. Los bereberes, hasta el momento en que el emir decidió colocar como máxima autoridad política y militar en Madrid a un cordobés, habían dominado la situación en la zona y formaban un poderoso núcleo



de nobleza local. Los muladíes, esto es, la antigua población hispanorromanogoda, convertida al Islam por muchas y diversas razones (entre ellas la económica, más que religiosa), formaban el grueso de los residentes en la ciudad. Un pequeño núcleo de irredentos cristianos, los mozárabes, poblaban los arrabales extramuros de la *madina*, y por último, un grupo todavía más reducido de judíos, aliados del elemento musulmán desde los brumosos tiempos en que tuvo lugar la conquista islámica de la Península, en la segunda década del siglo VIII. Los judíos abrazaron con entusiasmo la causa islámica, hastiados de las leyes antijudías que habían promulgado uno tras otro, los monarcas visigodos del reino de Toledo.

La población de origen musulmán habitaba, en su gran mayoría, la ciudad amurallada, la *almudayna*, un reducido espacio constituido por los terrenos que ocupan en la actualidad la catedral de la Almudena, la explanada del mismo nombre, y los alrededores de la calle Bailén esquina calle Mayor, la calle Almudena, la calle Factor y los altos de Rebeque. Una ciudad fuertemente amurallada con dos puertas principales, una enfrente de la otra: la Puerta de la Vega, a la altura de la hornacina de la Virgen de la Almudena, al final de la calle Mayor, y la Puerta de la Almudena, que los cristianos convirtieron en Arco de Santa María, ubicada aproximadamente entre Casa Ciriaco y el monumento a los caídos en el atentado contra Alfonso XIII, junto al edificio de Capitanía General. Desde las puertas de acceso a Mayrit, partían los caminos que la comunicaban con Guadalajara, con Toledo, y con Segovia y el norte.

Con el tiempo, al incrementarse la importancia de la ciudad, la población musulmana desbordó las murallas y comenzó a desparramarse por los arrabales, creados a tal fin junto al primitivo arrabal mozárabe que se alzó posiblemente en el actual barrio de la Morería. Este barrio cristiano tuvo como parroquia principal la de San Andrés, de la cual fue devoto feligrés San Isidro, nacido durante los últimos años de dominación islámica sobre Mayrit.

Mayrit cayó en manos de los cristianos, junto al resto de las plazas y territorios que conformaban el reino taifa de Toledo, como consecuencia de las capitulaciones pactadas y firmadas por el rey castellano Alfonso VI (el Bravo o el Valiente, como se le conoce en las crónicas cristianas de la época) y el monarca toledano al-Qadir, a quien complacía más el benigno clima de Valencia que el extremo de Toledo. La rendición de Mayrit tuvo lugar entre 1083 y 1085, inclinándose un grupo de autores por una o por otra fecha, pero en definitiva, nunca posterior a 1085, año de la caída de la ciudad de Toledo.



Al igual que Muhammad I, el fundador de Madrid, con parque propio, Alfonso VI, su conquistador, tiene su espacio urbano dedicado en forma de calle, y por suscripción popular. Pero la historia de los musulmanes no acabó en Madrid con la entrada de los cristianos en la *almudayna* y la subsiguiente conversión de la mezquita aljama en la iglesia de Santa María la Real de la Almudena. Alfonso VI fue benevolente con los vencidos, al menos de momento, hasta que las presiones de la Iglesia Católica obligaron a los reyes a recapitular. Alfonso permitió elegir a la población musulmana entre abandonar la ciudad o quedarse, manteniendo sus creencias y posesiones. Las elites políticas y económicas, guerreros y ulemas, los doctores de la ley islámica, tomaron el camino del sur, finalizado su poder al tomar posesión del mismo las nuevas autoridades cristianas. La masa principal de la población, artesanos y campesinos, no tenían a donde ir, y armándose de paciencia ante la que se venía encima, optaron por permanecer en Madrid. Cambiaron la servidumbre a sus antiguos señores correligionarios por el servicio a los nuevos, portadores de la religión rival.

Madrid era una posición estratégica, y por ello sufrió varios intentos de reconquista por parte de almorávides, almohades e incluso, en fechas más tardías, de benimerines. A pesar de todo, el *status quo* establecido en la época de Alfonso VI permaneció ya inalterado. Madrid se había perdido definitivamente para las huestes de la Media Luna y encaraba una senda humilde al principio, pero que habría de llevarle hasta ser proclamada la capital del más extenso imperio cristiano que jamás vieron los tiempos. ¿Fruto del azar? O como diría algún sesudo astrólogo oriental, ¿estaba escrito en las estrellas?



✚ El difícil arte de sanar en el Madrid musulmán

(Publicado en *Madrid Histórico*, nº59 (septiembre/octubre 2015), pp. 70-75)

Mayrit, el Madrid islámico medieval, era por entonces una pequeña ciudad fronteriza de la Marca Media andalusí, y como tal, expuesta más fácilmente a los ataques enemigos. En ella existía mayor probabilidad de poder tratar graves heridas, resultado de los combates. Los cirujanos, médicos o preparadores de medicamentos, que reunían todas estas habilidades en la misma persona habitualmente, ejercieron sus conocimientos sobre los lesionados y heridos. No obstante, no todo era coser heridas de guerra, puesto que la vida cotidiana también generaba sus propias enfermedades, agravadas con la edad. Y debieron utilizar los medios y remedios que el entorno mayrití ofrecía. Incluso habría comerciantes (posiblemente estos mismos profesionales de las artes de sanar) ocupados en importar drogas imposibles de encontrar en las vegas del Manzanares o en los alrededores del arroyo de San Pedro o del Arenal. Drogas utilizadas en la elaboración de eficaces compuestos curativos.

Es muy probable que Mayrit, con gran número de guerreros entre sus habitantes, tuviese un excelente cuerpo de cirujanos militares, acostumbrados a ver de todo. Se han realizado excavaciones arqueológicas en la Cuesta de la Vega y de la Calle Angosta de los Mancebos, que han documentado un tipo de instrumental de bronce, que los arqueólogos han calificado de quirúrgico. Una de las piezas es una cucharita cóncava enmangada con decoración, de las utilizadas para limpiar cavidades orgánicas o para ahuecar huesos y cartílagos. Quizás este instrumental pertenecía a profesionales con un pie dentro del mundo del difícil arte de sanar, el barbero (*al-hayyam*) o el sangrador (*al-fassad*). Hemos de decir que, en concreto el barbero, además de afeitar cráneos y barba, era capaz (pero no solamente en la civilización islámica), de ejecutar pequeñas intervenciones quirúrgicas, como extracciones de piezas dentales deterioradas o las sangrías recomendadas por los médicos.

Los médicos o sanitarios andalusíes eran muy polivalentes, pues se ocupaban de todo el ciclo del difícil arte de sanar: desde la recomendación de regímenes alimenticios adecuados y de normas higiénicas, al diagnóstico, preparación y administración de la medicación prescrita. Eran médicos, farmacéuticos, fisioterapeutas, higienistas, dietistas, cirujanos,... Todo en uno.



Los mejores médicos andalusíes salían de las familias más acomodadas entre los musulmanes. Los judíos también aportaron grandes profesionales de la salud, como Maimónides, que como era norma habitual en la época, también fue filósofo. También debieron existir buenos médicos entre los mozárabes y entre las familias más representativas de pequeñas ciudades de frontera como Mayrit, aunque no aparezcan reflejados en las fuentes.

En al-Andalus existía una organización gremial y socioeconómica muy desarrollada, que ha quedado fosilizada en el Madrid más rancio, donde aparece en el nombre de las calles el viejo sabor gremial y artesanal: Bordadores, Herradores, Coloreros, Cuchilleros, Latoneros...Pero ninguna dedicada a los boticarios como agrupación gremial. Estos incipientes preparadores de medicamentos terminaron por auxiliar a los médicos, saturados de trabajo. Desconocemos la existencia de un gremio de preparadores de medicamentos, *saidalani* (especieros *sensu stricto*), o si dentro de la corporación médico-científica algún atrevido se especializó en actividades de índole farmacológica, a los que se pudiese otorgar el calificativo de *saidalani* e incluso de preparadores de la Triaca¹. Los droguistas eran un tipo de profesionales relacionados con los *saidalani*, más quizás que con los *tabib* (médicos), aunque es posible que muchos médicos fuesen además droguistas, una de las profesiones precursoras del boticario. La presencia de este profesional, del droguista, está documentada en el Mayrit de comienzos del siglo XI, pero no por asuntos sanitarios, sino políticos. El caso es que durante una rebelión, dentro de los episodios disgregadores que sufrió el califato de Córdoba, un individuo de Madrid, que pretendía ser hijo del califa al-Mahdi, encabezó la revuelta, aunque finalmente resultó ser el esclavo de un droguero. Este episodio nos revela que en Madrid a comienzos del siglo XI había drogueros o especieros, y también, como era de esperar, esclavos. Este droguista traficaba, en el buen sentido de la palabra, con drogas, pero también con perfumes y velas. Como sabemos, las drogas son sustancias vegetales simples que se utilizaban para confeccionar medicamentos compuestos por varias de ellas. Como decía antes, el droguista es un boticario en ciernes, aunque Ibn 'Abdun, a comienzos del siglo XII, advierte contra las actividades y tejemanejes de este grupo, que no deja muy bien parados a los boticarios de la época. Parece obvio que el máximo responsable en el difícil arte de sanar en el mundo musulmán medieval era el *tabib*, ese profesional de la medicina

¹ La Triaca es un preparado polifármaco compuesto por varios ingredientes distintos (en ocasiones más de 70) de origen vegetal, mineral o animal.



tan completo que diagnosticaba, recetaba, curaba, abría, preparaba medicamentos, y, en sus ratos libres, hasta incluso filosofaba.



Placa de la Plaza de Puerta de Moros (Madrid) (Foto del autor)

El preparador de medicamentos es evidentemente la figura precursora del boticario, pero pudo, que sería lo más lógico, ser en origen un médico especializado en tales menesteres o una persona encargada de ejecutar este trabajo. De todas formas, es de creer que el difícil arte de sanar debió de enseñarse de alguna forma, pues es una actividad humana lo suficientemente importante como para ser impartida en una institución educativa. Este centro educativo sería la *madrassa*, que pudo impartir estudios relacionados tanto con la medicina como con el arte de la preparación de compuestos curativos. Existen incluso libros de la época exclusivamente dedicados a la preparación de medicamentos, los *al-akrabadin*, "grabadines" en su versión latina, que pueden considerarse casi como auténticas farmacopeas, que incluían términos científicos y técnicos. Ahora bien, teniendo en cuenta la dificultad para hacerse con un ejemplar de estos *grabadin* en numerosos



lugares de la geografía andalusí, lo más factible es que cada médico y/o preparador de medicamentos tuviese que recurrir a su propia experiencia y a las consabidas pruebas-ensayo-error, que sufrirían los pacientes en propia carne, a fin de construir un *corpus* sanador propio. Sinceramente, no me puedo imaginar un ejemplar del *Dioscórides* en Mayrit, que debía estar guardado bajo siete llaves en algún lugar ignoto del palacio califal en Córdoba.



Calle de la Almudena. Maqueta de la iglesia Almudena (antigua mezquita madrileña)
(Foto del autor)

El *sailadani* o preparador de medicamentos pudo tener una vertiente comercial, pues también se dedicaba a la venta de *simples* o productos con los que confeccionar medicamentos compuestos. Aún hay otra figura importante que destacar en el difícil arte de sanar islámico. Son aquellas personas que preparaban medicamentos en los hospitales musulmanes, los *bimaristan*, muy próximos o incluso adosados físicamente a las mezquitas. No es descabellado suponer la existencia de un establecimiento de este tipo, próxima a la mezquita aljama de la



Puerta de la Almudena madrileña², intramuros de la *almudayna* o recinto amurallado. Es plausible la presencia en Mayrit de una casa de enfermos junto a la Mezquita, habida cuenta de su condición de fortaleza fronteriza, cuya guarnición tenía muchas posibilidades de combatir unas cuantas veces en un corto espacio de tiempo. Y próximos a los *bimaristan*, en un zoco o mercado, los comercios de los vendedores de drogas. Incluso puede que alguno se diese una vuelta por el campo en busca de hierbas medicinales, que a buen seguro, debía conocer.

El estudio del paisaje de Madrid en época islámica, y los correspondientes análisis carpológicos, antracológicos y palinológicos, han dado una idea bastante exacta de cómo era el paisaje y los aspectos medioambientales generales, pero también de las especies vegetales, arbóreas y arbustivas, que menudeaban en los alrededores de Mayrit. Basándonos en esos estudios, podemos realizar una extrapolación en el tiempo y conjeturar algunos de los tipos de remedios que recetaban los médicos mayritíes y qué medicamentos basados en plantas con propiedades farmacológicas pudieron confeccionar los preparadores de medicamentos, tanto si eran la misma persona que el médico, como si se dedicaban en exclusiva a este oficio. Todas las plantas de las que hago someros comentarios eran (y lo son en la actualidad) endémicas de la zona madrileña en los tiempos en que Madrid fue una fortaleza fronteriza andalusí.

Los médicos de Mayrit pudieron utilizar las flores del tilo para preparar tisanas con efectos relajantes, pero también antiespasmódicos. El jugo de su corteza es un buen depurador de la sangre.

El enebro, de sabor dulce, olor fragante y aromático, pudo utilizarse como *sahumerio*, planta aromática que se quema para dar buen olor al ambiente. Debió usarse, dadas sus propiedades farmacológicas, como tónico diurético, desinfectante e insecticida.

Del castaño se pueden aprovechar, y a buen seguro que los médicos de Mayrit recetaron remedios basados en sus propiedades farmacológicas, hojas, ramas, corteza, amentos³ y la envoltura espinosa del fruto. Todos ellos poseen propiedades astringentes, ayudan a cicatrizar las heridas leves y a controlar diarreas. No sé si se pudieron utilizar emplastos y cataplasmas a base de castañas en las heridas de

² Situada aproximadamente actualmente en la esquina de la C/Mayor con la C/Factor.

³ Inflorescencia racimosa, generalmente colgante, característica de ciertos árboles.



guerra, pero posiblemente, junto con otras sustancias ayudarían a cortar las hemorragias en la medida de lo posible.

De los abedules que crecían en las riberas de los ríos (el Manzanares) y los arroyos (San Pedro, Arenal,...), se emplean prácticamente todas sus partes: la flor, la savia, la yema, las hojas y la corteza. Quizás su propiedad farmacológica principal sea la diurética. Ya conocemos la vertiente higienista y dietista de los galenos musulmanes. La diuresis ayuda a eliminar productos tóxicos del organismo, depurando el mismo. Mejor prevenir que curar, era una de las máximas de la medicina andalusí. Las propiedades curativas del abedul fueron remedios eficaces contra afecciones urinarias como cistitis, litiasis u oliguria. Quizás algún médico judío, mozárabe o musulmán se descolgaría recentando para pacientes con posibilidades económicas, aquéllos que comían exceso de carnes rojas, compuestos de savia de abedul para procesos reumáticos y de gota, dadas sus propiedades diurética y antirreumática.



Baños árabes en la C/Atocha, 14 (Madrid) (Foto del autor)



Las hojas de nogal cocidas a temperatura moderada, tienen la propiedad de curar los sabañones causados por un frío que en el siglo IX debía apretar de lo lindo, porque es de prever que las viviendas no estaban tan acondicionadas para las bajas temperaturas de Madrid en invierno como en la actualidad. Pero es que además, las hojas de los nogales eran recomendadas por los profesionales del difícil arte de sanar medieval en loción para curar úlceras y en infusión como coadyuvantes para equilibrar la glucosa en sangre, previniendo una posible diabetes. Y quizás algún galeno pudo recetar, como medida de prevención de muertes más o menos súbitas, como las causadas por los infartos de miocardio, la ingesta de unas cuantas nueces diarias.

La resina y la esencia que impregnan las yemas del álamo, incorporadas en manteca de cerdo como excipiente, se han empleado en Madrid y sus alrededores desde remotos tiempos para calmar los dolores de las hemorroides.

Restos de almendros no se han encontrado hasta ahora en los análisis polínicos efectuados, pero la calle del Almendro se llama así desde tiempos inmemoriales por alguna razón, y además se encuentra en plena Morería madrileña. Es de creer que existieron numerosos almendros, tanto silvestres como en huertas, dentro y extramuros de la ciudad de Mayrit y que sus médicos utilizaron sus propiedades farmacológicas. Las almendras son muy digestivas, energéticas y con efecto laxante. Reducen además las inflamaciones del intestino. Tradicionalmente se han considerado un buen remedio contra el catarro que transcurre con tos. Pero también es remedio eficaz contra infecciones como la bronquitis y en general, contra procesos febriles.

La corteza de sauce se ha utilizado desde tiempo inmemorial como antiinflamatorio, en cataplasma, o como febrífugo o antipirético en infusión. Sus propiedades analgésicas también han gozado de gran predicamento entre la población y los que se dedicaron a lo largo de los tiempos al difícil arte de sanar, como los *saidalanis* y/o *tabib* mayritíes.

Pero no sólo de las partes de un árbol se nutrían los *sailadanis-tabib* del Madrid musulmán, pues es conocida de todos los que salen un poco a pasear por el campo, la gran cantidad de especies vegetales de naturaleza herbácea y arbustiva con propiedades farmacológicas.



Una de estas especies de las que se han encontrado vestigios durante los estudios anexos a las excavaciones arqueológicas desarrolladas en el Madrid más primigenio es la artemisa. La artemisa resulta ser un excelente tónico digestivo, muy útil en periodos de inapetencia y en la absorción de nutrientes de los alimentos. Pero los médicos mayritíes no sólo conocieron esta propiedad de la artemisa, sino otra muy diferente. Desde muy antiguo se viene utilizando en trastornos ginecológicos, puesto que la artemisa regula la menstruación, tanto en periodos irregulares como cuando se produce descenso del flujo menstrual. La forma más común de administración debió ser en infusión o tisana.

A pesar del fuerte olor que desprende el ajo, se han considerado sus beneficios cardiovasculares desde la noche de los tiempos, basándose en pruebas empíricas, obviamente. Los médicos mayritíes, higienistas y dietistas a la vez, pudieron recomendar la ingesta de ajo para prevenir accidentes cardiovasculares, que solían llevar a la muerte. No conocían el porqué de sus propiedades antihipertensivas, pero sí el efecto beneficioso y preventivo de enfermedades cardíacas que producía su ingesta, debido a que mantiene la sangre fluida y reduce los niveles de colesterol y la tensión sanguínea.

Científicos de todas las épocas, como el romano Plinio, han utilizado las flores, hojas y raíces de esa planta denominada primavera. Y han descrito sus efectos beneficiosos, pues están indicados en el tratamiento de desarreglos nerviosos, enfermedades de la piel, calambres, vértigo y convulsiones. La raíz de la primavera se utiliza para fluidificar las secreciones bronquiales, y es eficaz contra la neumonía, el reumatismo y la gota asociada a dicho reumatismo.

Todo aquél que haya paseado por nuestros campos, alguna vez ha tenido un mal encuentro con esa plantita verde que con un simple roce, muerde ferozmente. Me refiero a la ortiga, cuyo contacto produce efectos urticantes en la dermis afectada. Pero es posible que además de su carácter endémico en nuestra geografía y su consideración de mala hierba, algún *saidalani* escogiera algunos ejemplares de esta "mala hierba" a fin de preparar un buen baño, para él, para sus pacientes, o dentro de los servicios que se ofrecían en el *hamman* o baño, pues es un excelente tónico para la piel. Como astringente, disminuye o detiene las hemorragias. Pudo recetarse también para tratar las molestias ocasionadas por la fiebre del heno, asma, picores de la piel y picaduras de insectos, que debieron abundar en la región mayrití, sobre todo en las cercanías de los ríos y arroyos. Debieron utilizarse sus



propiedades relajantes cuando el paciente tenía muy doloridos los pies tras un día duro de trabajo. Es posible que los campesinos pudieran utilizar las ortigas después de su jornada habitual.

La malva silvestre, que abundaba y abunda en la actualidad en los alrededores de Madrid y su Comunidad, se utiliza como cataplasma para ablandar forúnculos, y aliviar picaduras de abejas, mosquitos y quemaduras. Como infusión, se utilizó contra inflamaciones intestinales, dolor de estómago y garganta, estreñimiento, artritis y gota. Y un buen baño con hojas de malva trituradas purifican la circulación sanguínea, dadas sus propiedades germicidas y sedantes.



Bote de farmacia (Foto del autor)

Recuerdo perfectamente de mis años de estudiante de Farmacia, las propiedades hepatoprotectoras del cardo mariano. A buen seguro, que más de un *tabib* mayrití utilizó su eficacia farmacológica contra intoxicaciones hepáticas ocasionadas por la ingesta, accidental o no, de un exceso puntual de alcohol (no olvidemos que la relajada moral islámica en al-Andalus, toleraba e incluso permitía tomar vino), drogas, otras medicinas o una opípara comida que no sentó nada bien al paciente,



pues ayuda a eliminar las sustancias tóxicas que perjudican al hígado ocasionadas por esta mala praxis. Si el paciente estaba afectado de hepatitis vírica, o cirrosis hepática, que el *tabib* podía diagnosticar certeramente simplemente palpando la zona donde se encuentra la principal fábrica de nuestro cuerpo, recetaba una buena dosis del fruto de cardo mariano en infusión para aliviar los síntomas del enfermo. Además, en el caso de personas que no pudiesen evacuar correctamente, una buena infusión de este tipo de cardo, y solucionado, habida cuenta de su efecto laxante.

La destilación de los pétalos de rosa para obtener agua de rosas proviene casi seguro de la antigua Persia. Y de aquí pasó el conocimiento a los árabes, quienes lo introdujeron en occidente en el siglo X. En Madrid hay rosales silvestres, y existieron en el viejo Mayrit pues los estudios de polen asociados a las técnicas de excavación arqueológica así lo han atestiguado. Probablemente se utilizó en los baños públicos, pero también en los baños privados de los notables de la ciudad, por su perfume embriagador. El agua de rosas es excelente para lavarse la boca. Además suaviza la piel agrietada, escamosa y arrugada.

Otra rosácea cuya presencia se ha documentado en el Madrid islámico es la zarzamora. La hoja, en forma de infusión se pudo utilizar contra afecciones del sistema digestivo y para aliviar los síntomas de la gripe, de resfriados comunes y contra los ataques de tos. Las hojas trituradas se pudieron utilizar en forma de compresas, que se aplicaban directamente sobre heridas y hemorroides.

Los médicos mayritíes utilizaron las propiedades farmacológicas del endrino, arbusto que alcanza en ocasiones un gran tamaño, casi una envergadura arbórea. Las flores en tisana se han utilizado como laxantes. Los frutos triturados, en forma de cataplasma tuvieron acción cicatrizante, antiinflamatoria y antihemorrágica.

Del madroño, el arbusto más célebre de Madrid, también está atestiguada su utilización. La corteza y las hojas secas se ha utilizado en infusión, y desde la noche de los tiempos, como diurético, astringente y antiséptico urinario, para combatir infecciones urinarias como las cistitis y la formación de cálculos y cólicos renales.

Estos son solamente unos ejemplos de los usos terapéuticos que los profesionales del difícil arte de sanar mayritíes pudieron dar a las especies vegetales más frecuentes en la zona, y de las que ha sido documentada su existencia en ambientes domésticos madrileños fechados entre los siglos IX y XI.



+ El primer Madrid cristiano

(Publicado en Pliegos de Rebotica, nº 121 (abril/junio 2015), pp. 12-14)

Mayrit, la pequeña fortaleza fronteriza andalusí fundada a mediados del siglo IX por los musulmanes, para vigilar no sólo los ataques procedentes del norte cristiano, sino también las constantes revueltas de los muladíes y mozárabes de Toledo, al sur, cayó en manos del rey castellano-leonés Alfonso VI el Bravo hacia 1085.

Su conquista, al decir de los cronistas, no fue en modo alguno, cruenta, sino resultado de las capitulaciones firmadas entre el monarca castellano y el toledano al-Qadir, por el que el reino toledano cambiaba de manos. El rey toledano puso como condición ocupar el trono del reino de Valencia, cuyo clima favorecía su delicada salud, algo que le fue concedido por Alfonso.

Una vez hecha esta breve premisa introductoria, decir que en Madrid existió una comunidad mudéjar, sucesora de la musulmana, hasta 1502, momento en el que los Reyes Católicos promulgaron un decreto que obligaba a los musulmanes hispanos a tomar una difícil decisión: convertirse al catolicismo o tomar las de Villadiego. Julio González (1975) recoge de aquí y allá en las diferentes fuentes relacionadas con este tema, cómo las condiciones de la capitulación del reino de Toledo afectaron a Madrid, y a todos los territorios toledanos. Así las describe González, y en ellas se puede apreciar la generosidad del rey castellano Alfonso VI con sus nuevos súbditos musulmanes:

- “1) Los musulmanes de Toledo podrían quedar en sus casas y haciendas, a salvo la vida y la libertad de ellos y sus familiares.
- 2) Los toledanos que lo prefiriesen podrían marcharse libremente a donde quisiesen; esta libertad incluía la de llevarse sus bienes muebles. Si alguno de los habitantes quisiese retornar después, sería autorizado para volver a establecerse en Toledo, con los bienes o propiedades de que dispusiese, y sin quedar sujeto al pago de deudas u otras molestias similares.
- 3) Los que prefiriesen quedarse estarían sujetos solamente al pago del tributo acostumbrado, en proporción al número de individuos que compusiesen su familia. Éstos eran los que “por antiguo derecho se daban a los reyes”.
- 4) Los musulmanes en Toledo conservarían siempre y para su uso la mezquita mayor.
- 5) Se reservaba para el rey cristiano el alcázar y la Huerta del Rey.”



Según estas cláusulas, la población musulmana podía permanecer, si ése era su deseo, en Madrid. Es muy posible que tan sólo permaneciesen en la ciudad aquéllos que por no tener recursos o a dónde ir, no tuviesen más remedio que quedar en su ciudad natal, ocupada por el enemigo.



Placa C/Morería (Foto del autor)

No hay noticias sobre los musulmanes de Madrid entre la conquista y la promulgación del Fuero de 1202. Es posible que la mayor parte de los habitantes de la ciudad de Toledo la abandonaran para marchar al sur y encontrar acomodo y refugio entre sus correligionarios. Los musulmanes restantes, de humilde condición y privados de sus dirigentes, no dejaron huella en las fuentes escritas. Si en un principio los términos de la capitulación habían sido generosos por parte del rey, ya en 1089, Alfonso VI concedía a la Iglesia de Toledo las mezquitas mayores del reino toledano. Esto sólo pudo suceder así por la marcha de la mayoría de la población islámica al sur. Pero ¿no podría estar más relacionado con la presión eclesiástica al rey en este sentido, en una labor claramente proselitista encaminada a ganar nuevos adeptos para la causa de la Cruz, restándoselos a los de la Media Luna? Fuese como fuese, esta situación debió reproducirse en Madrid, donde por su carácter fronterizo y en consecuencia provista de numerosa población militar, buena parte de esta última debió salir por patas por si las moscas y si cambiaban



los vientos de bonhomía que soplaban dentro de Alfonso VI. Pero no todos salieron de Madrid. Sólo notables y militares, y con la pata quebrada el resto, quienes sabían que su situación no mejoraría en ningún otro lugar. Eran los campesinos y artesanos, quienes vivían en el arrabal sur de la ciudad, la morería vieja que llamaban los cristianos, en cuyas calles y plazas quedan vestigios fosilizados de un pasado musulmán en el primer Madrid cristiano. Las clases superiores de la sociedad *mayrití*, que componían uno de los Madriles, ése de posición socioeconómica más desahogada, el que habitaba en recintos amurallados como el de la *almudayna*, ése que actualmente está ocupado por una catedral y explanada aneja que comparten nombre (Almudena, precisamente), abandonaron la plaza en su mayoría. Perdían su influencia política de muchos años en la pequeña ciudad fronteriza y poco les quedaba por hacer aquí. Los que quedaron lo hicieron además en una situación de inferioridad jurídica respecto a los cristianos, ya fuesen mozárabes o repobladores norteños.



Plaza de los Carros esquina C/Don Pedro (Madrid medieval) (Foto del autor)

La discriminación sufrida por la población islámica de Madrid en todos los aspectos, es posible detectarla en las ordenanzas del Fuero de 1202, que reunía disposiciones municipales elaboradas durante el siglo XII, mientras Madrid estuvo sujeta al Fuero



de Toledo. El mismo delito no era castigado de igual manera si era cometido por moro que por cristiano. Sirvan como botón de muestra los siguientes ejemplos. Según Juan Carlos de Miguel Rodríguez, el moro que agredía o hería a un cristiano debía pagar a la víctima 60 sueldos. Si sucedía al contrario, el cristiano agresor sólo pagaba una multa de un maravedí por agredir a un "moro horro" (libre). La agresión de un cristiano a otro de la misma religión se castigaba con dos maravedíes. Las penas, de índole económica sobre todo, se aplicaban según la procedencia social de agresor y agredido. Se prohíbe a los mudéjares testificar en pleitos en los que anduviese involucrado algún cristiano. Por el contrario, en los juicios contra moros, las ordenanzas municipales imponían la presencia obligatoria de un vecino de Madrid de religión cristiana, junto a un testigo musulmán libre. Hay dos cosas que llaman la atención: el cristiano tiene que ser vecino de Madrid, no sirve cualquiera, y recalca la condición de libre del musulmán. Este hecho implica que dentro de la sociedad musulmana existen otros miembros que carecen de libertad jurídica: cautivos o esclavos. Pero también libertos. Los libertos, habían sido anteriormente esclavos que habían sido manumitidos, y que mantenían lazos clientelares con su antiguo dueño. En las causas contra cautivos musulmanes era necesaria la presencia de dos testigos cristianos y uno musulmán libre. Como siempre, los cautivos eran poco menos que un objeto, pero al mismo tiempo, carecían de la responsabilidad jurídica de un musulmán libre. Me explico. Si un moro libre cometía un robo, era ahorcado por ello, pero si el culpable era un cautivo, "solamente" se le cortaba un pie. Parte de su responsabilidad era de su dueño, quien no le había adiestrado correctamente, y en ese caso, a éste se le impondría alguna multa de orden pecuniario.

En resumen, entre la población musulmana del primer Madrid cristiano (finales del siglo XI- comienzos del XII), había personal libre (los mudéjares como tal), liberto y esclavo, aunque no conocemos sus proporciones. Los mudéjares son los verdaderos herederos de la antigua población musulmana de Madrid, de clase baja en su mayoría, y denominados en el Fuero de 1202 como "moros horros", libres, bajo la directa protección del rey castellano, como clase desfavorecida. Igual que los judíos. Los cautivos habían sido reducidos a tan lastimosa condición a consecuencia de las algaradas llevadas a cabo por las milicias concejiles madrileñas en tierra de moros, pues no podemos olvidar que Madrid continuó siendo durante el siglo XII tierra de frontera. Algunos cautivos conseguían emanciparse y como libertos continuaban unidos a sus antiguos señores. La verdad es que no debió existir demasiada diferencia entre mudéjares libres y libertos, puesto que en el Fuero de



1202 aparece la figura del moro horro dependiente de algún dueño cristiano. Si antes pertenecían a la clientela de los magnates *mayritíes*, ahora pertenecían a los nuevos dueños cristianos.



Capilla del Obispo. Plaza de la Paja (Foto del autor)

Durante el primer siglo de dominación cristiana, los mudéjares no dieron muestra de poseer ninguna organización interna que cohesionase el grupo, del tipo de la aljama, como posteriormente aparece en las fuentes. Carecen de dirigentes y se encuentran totalmente expuestos a las veleidades y caprichos de los cristianos. Su situación es delicada y precaria, como cuando los musulmanes eran los dueños y señores de Madrid, y ocurría al revés. Este grupo se asentaba, como ya hemos dicho, en el cerro de las Vistillas, en un núcleo conocido desde el siglo XV como la "Morería Vieja", emplazamiento del antiguo arrabal islámico habitado por gente de baja extracción social. En período cristiano, a la discriminación socioeconómica que arrastraban de antes, se añade una nueva: la jurídica y religiosa, consecuencia una de la otra. Es muy probable que la presión social aumentase sobre este grupo con la llegada de nuevos contingentes de cristianos del norte, poco comprensivos con la



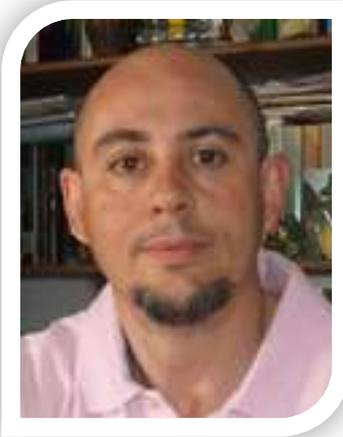
ancestral relación vecinal de mozárabes y musulmanes. Hasta la conquista, rendición, capitulación o lo que fuese, musulmanes y cristianos de Madrid habían convivido como vecinos, con los problemas y alegrías subsiguientes. Pero los cristianos del norte no fueron considerados vecinos en los primeros tiempos, sino que portaban el rol de conquistadores, con lo que la población musulmana tuvo que adoptar un papel de sumisión ante los repobladores cristianos, extraños en sus costumbres a los ojos de los musulmanes, pero también de los mozárabes madrileños. Con el tiempo, la situación de la población madrileña de origen musulmán mejoró, apareciendo en las fuentes menciones a cargos importantes municipales ocupados por mudéjares, como el de alarife o maestro albañil de obras. Hace su aparición el concepto social y municipal de *aljama* como comunidad mudéjar organizada, cuyos representantes trataban directamente con las autoridades del Concejo madrileño.



Plaza de la Villa, el corazón del primer Madrid cristiano (Foto del autor)



Breve biografía de Diego Salvador



Licenciado en Farmacia por la UCM (1987) y Licenciado en Historia por la UNED (2010), comenzó su vida profesional un lejano día de 1988 como visitador médico, para después realizar investigación biotecnológica, un trabajo que cristalizó en una tesina leída con calificación de sobresaliente Cum Laude (1991), mientras atendía sus obligaciones como jefe de la sección de inyectables en una compañía farmacéutica multinacional. Posteriormente, y durante 21 años, hasta 2012, prestó sus servicios como informático de gestión en diversos clientes de sectores tan diversos como banca, telecomunicaciones y administraciones públicas. Pero su inquietud innata le ha llevado desde ese año de 2012 a abandonar la gestión informática y afrontar nuevos retos que tienen mucho que ver con la divulgación, el ocio y el turismo cultural e histórico. Así le vemos diseñando e impartiendo visitas guiadas tanto para **Rutas con Historia** como para clientes propios. Durante este tiempo le ha dado tiempo también a innovar dentro del sector lúdico tipo *gymkhana*, que él ha rebautizado con la denominación de "Juegos de Pistas y Despistes", siempre desde la vertiente más lúdica e impregnada de sentido del humor, pero no por ello, exenta de rigor histórico, marca de la casa. No contento con esto, Diego es experto en la Edad del Hierro de la Meseta, y ha escrito tres libros de contenido histórico, resultado de sus investigaciones sobre diversos aspectos de la realidad histórica madrileña, que se han plasmado en obras de carácter divulgativo como "**Tierra de carpetanos**", cuya segunda edición está a punto de publicarse, "**Hijos de Mayrit: la huella islámica en Madrid y su Comunidad**" o "**Itinerarios arqueológicos madrileños verídicos y variopintos**" y uno de carácter más personal basado en sus intensas experiencias jacobeanas, "**El Códice de Didaco**". Además, Diego ha impartido clases de Historia de España en el Ilustre Colegio de Doctores y Licenciados en Humanidades de Madrid. Es colaborador como redactor de artículos en la revista de AEFLA "**Piegos de Rebotica**", publicada por el Consejo General de Colegios de Farmacéuticos de España, y en la revista "**Madrid Histórico**", publicada por la editorial La Librería, especializada en temas de Madrid. Además colabora habitualmente en el proyecto digital de **Rutas con Historia** elaborando artículos y localizaciones de interés histórico y numerosas actividades divulgativas que tienen la Historia como eje



central. Es miembro del **Ilustre Colegio de Doctores y Licenciados Humanidades de Madrid** y de la **Asociación Española de Farmacéuticos de las Letras y la Artes** (AEFLA). Ha realizado también tareas de documentación para la productora 100BALAS, el guion para la visita teatralizada del Palacio del Infante Don Luis en Boadilla del Monte, visitas guiadas para colegios del yacimiento carpetano de la Dehesa de la Oliva. En la actualidad compagina sus habituales actividades divulgativas históricas con un exhaustivo trabajo de investigación sobre el pueblo prerromano de los vettones y su cultura.

Datos de Contacto:

	www.diegosalvador.com
	diesalvado@yahoo.es